

Sin notar, este Maradiaga de ahora, sin espada, sin chupas ni collarines, sintió una ligera confusión. Pensó que era el lastre de la Democracia. Uno de los suyos, señores de altas voces, no se confundió, de seguro, porque tomaba a las hembras con derecho de señorío. Pero él, ya civilizado y a pesar suyo, democratizado, tenía una confusión de tú a tú con su propia sirvienta.

Ella adivinó instintivamente. Bajó los ojos y cogió con sus delgados dedos el delantal. El se incorporó reaccionando. Era el amor tomado así en una noche de soledad, sin refinamientos ni palabras.

Su figura se proyectó en la pared al lado de

### Horizonte quebrado

Cuando murió Sandino decidió venirse a las llanuras; era distinto el paisaje de su tierra segoviana. Aquel, un horizonte hecho a dentelladas; éste, tirado a cordel. Le sorprendió aquí la pereza de los caminos tendidos en el llano, tan diferentes, y en el infinito su mirada perdida en el lomo plateado del mar.

Su instinto quería lavar la pólvora de tantos años terribles; vida como el horizonte de aquellos paisajes; había que limarlos en el llano, tender al sol su conciencia, desgastar la voluntad de guerrear; olvidarse.

Se deslizó de la cordillera por el camino polvoriento; para sus piernas de potro no era menester el potro; para eso subió muchos repechos en las largas jornadas y se hizo de una salud salvaje.

Su juventud primera quedó diseminada en las brumas de la noche segoviana rendida en la distancia; su manta no cobijó mujer alguna; apenas el fusil—caña que le sopló la vida—calentó los sueños ingravidos. El amor—talvez—se desplomó violento en cualquier hembra conmovida de miedo.

Ahora era distinto.

Caminó. Bajo el alero de paja de una cabaña encontró sombra en hilachas.

—Buenos días—dijo con ligero canto varonil.

—Dios lo bendiga...

La muchacha, hecha de barro, agazapó instintivamente su sonrisa; le dió de beber y de comer. El podía haberse relamido luego con la presa enfrente; pero había una suave voz en la niña de piel de color de níspero que dulcificó los ojos; un balanceado andar que meció su celo.

Se quedó. Un huertero viejo le vendió el predio lindante. Se anudaron a su cuello de forastero las miradas desconfiadas de los vecinos; estas gentes siempre temen algo porque la experiencia les advierte en el hombre extraño al gavián sobre la pollada...

Pero había que trabajar; arregló el alambrado de la huerta, empajó la casa, removió la tierra con las yuntas alquiladas, repartió el maíz en los surcos...

Y en las noches tibias y húmedas de la pubertad de la tierra, aspiraba nostálgico el perfume

ella. Tan juntas eran las sombras que se tocaban y se fundían.

—Mira la sombra, dijo.

Ella miró y se puso encendida: La estaba besando.

El pensó que a la abuela no se le veía el rubor y tuvo una sonrisa para el hipotético viejo Maradiaga.

Había un extraño perfume. La tomó de las manos.

Esta cosecha no se perdería y la raza seguiría aclarándose.

Afuera, la noche estaba cargada de sagrados pólenes.

diluía en el campo, con las aletas abiertas de la nariz como la bestia sin pareja, como potro repleto de ausencias.

Algunas tardes se atrevía visitando a la niña. Discretamente le daba a entender que todo aquel afanarse bajo el sol, encorvarse a la tierra hasta desfallecer, era para que, algún día, le llenara ella el hueco de su tapexco de varas de guásimo en las noches calladas y trucas.

—El año que viene sembraré, también frijoles...

—Ojalá no le venga el chapulín ahora...

—Y por qué? Ya verá después... Si alguien quiere venirse conmigo, hasta yunta propia y cuajada de mis vacas tendrá.

La milpa se estaba poniendo rubia; era rubia la tierra con el vello de todos los maizales huertanos inclinándose suavemente con la brisa, mano de mujer sobre la piel de la tierra. Rubia bajo el sol de agosto, bajo este claro cielo sin secretos.

La milpa granada estaba ya de dobla; había que cuidarla del animal del monte y del que anda en dos patas, no fuera a ser que el mapachín vestido se la llevara...

Recorría el sembrado... Un día observó que alguien había desflorado unas mazorcas y decidió espiarlo; las huellas del pie desnudo se perdían en el trajín del camino; de seguro en cada viaje, cargaba un zurrón.

Era necesario hacerlo de noche.

Apercibió su escopeta y tras una mata esperó; se le venía a los labios una sonrisa maligna de recuerdo allá en la tierra lejana, cuando en acecho, durante muchas noches, sin que se le acelerara el corazón por la costumbre, esperaba alguna patrulla para sorprenderla y despojarla. Sincronismo de ametralladoras agujereando el claro cielo, tiro de fusil perdido en la noche...

Pero aquí, no. Asustar al ladrón y nada más; no volvería. Almacenaba muchas ilusiones para voltearlas sobre el pasado. De lejos había venido al llano para tenderse suavemente en la vida apacible amando a la pareja. No era un animal mostrenco sujeto al lazo del campista.

Tendió la mirada sobre la huerta. Sus ojos complacidos se extasiaron en la noche diáfana

# Clorocid

Tabletas a base de cloro orgánico para desinfectar el agua de bebida.

Una o dos tabletas en un litro de agua la dejan estéril a la media hora de contacto.

En frascos de 50 tabletas para esterilizar 50 ó 25 litros.

Apartado 1351 - San José, Costa Rica

afilada de grillos. Al extremo, contra el horizonte, un filito de luna sobre la cabaña de pajas era pico de garza peinándose las plumas. ¡Para quien tuviera entre sus duros brazos aquella muchacha color de milpa madura!

De repente, ruido de pasos tímidos triscando en el camino. Sombra que se acerca cautelosa...

Vió cómo el hombre se inclinaba levantando cuidadosamente el hilo alto del cercado y pasaba. Su corazón, mucho tiempo descansado, saltó dentro del pecho como pájaro en la jaula.

Creyó que el hombre se llevaría el grano internándose en la huerta. Pero nó, se vino por la ronda a la sombra de los tiguilotes del cerco, se llegó a la huerta vecina y silbó ligeramente... Fué una sorpresa trágica para su corazón alicaído. Aquella sombra sujetaba la estrecha cintura de la niña de suave piel de fruta rubia.

Ni lo supo ni se dió cuenta cómo. Brasa prendida, su corazón quemándole la vida. Brasa encendida su mano sobre la cabaña y la milpa. Pero rabigacho tornó al paisaje quebrado mientras la noche azul se teñía de rojo en el incendio.

Managua, Nicaragua, 1942.

### Cómo ser rico

De George Santayana, en el 29 tomo de su novela El último puritano. Editorial Sudamericana, Bs. Aires, 1940:

“¿Es cierto lo que dicen, de que tu padre dejó diez millones de dólares?”

“¡Oh! no; ni la mitad siquiera; bastante menos de la mitad.”

“Pero, aún así, ¿siempre te habrán quedado dos o tres millones?”

“¿Tremendo, verdad? —murmuró Oliver—. Es tan arbitrario el poder heredar una suma así, y tan difícil el saber cómo emplear ese dinero. Actualmente, no gasto más que una pequeña parte de la renta, y el dinero se va acumulando, y aumentando la responsabilidad”. Estas palabras, apenas pronunciadas, le sonaron mal a sus propios oídos. ¿A qué exhibir de ese modo sus escrúpulos y hablar con esa pedantería? Como pretendiendo borrar la desagradable impresión, añadió en voz alta: “¡Cuánto mejor se las compondría Mario, si estuviera en mi lugar!”

“Mario tiene por el momento todo lo que debe; pero, más adelante, no me cabe duda que sabría cómo ser rico. El ser rico es un arte o una tradición. No vayas a imaginarte que uno cumple con su deber distribuyendo su dinero entre los necesitados, a ochavo por cabeza, y dejando el mundo tan menesteroso y desolado como si no hubiera riqueza alguna. La misión de los ricos no es dispersar las riquezas, sino cultivar el arte de vivir, crear casas bonitas y confortables, buenos modales, buenas palabras, buenas obras de caridad. Uno no puede, individualmente, elevar el más bajo nivel de la vida, pero sí puede elevar el nivel más alto.”

## Dr. E. GARCIA CARRILLO

ELECTROCARDIOGRAMAS  
METABOLISMO BASAL  
RADIOSCOPIA

CORAZÓN - APARATO CIRCULATORIO

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TÉLEFONOS: 4328 y 3754